

## Concierto para telégrafo n. 1

Corría el año 1882 y corría el señor Belmonte por las calles de Villaescondida. Hasta donde alcanzaba su memoria, no había existido un día más importante que ese. Se había esmerado en estirar su largo y travieso bigote, en limpiar cada uno de los botones de su chaqueta, en abrillantar sus zapatos hasta que pudiera reflejarse en ellos, en ajustarse el traje para que cada elemento estuviera en su perfecto milímetro. Aquel exceso de coquetería le había robado demasiado tiempo. Por eso iba a la carrera, con una mano sujetando su sombrero y con la otra ayudándose a mantener el equilibrio mientras atravesaba el laberinto de cacas de caballo. ¡Izquierda, derecha, izquierda, izquierda, derecha, salto! Si Belmonte hubiera llevado bastones, habría parecido un esquiador en pleno gran eslalon.

Cuando por fin llegó a la oficina de telégrafos, tuvo que pararse en seco: una masa de curiosos se amontonaba frente a la entrada. Quizá otro día le hubiera pedido paso a aquella gente, pero no había un segundo que perder. Sin apartar su mano del sombrero, se agachó, se retorció, se contorsionó y se revolcó. Estaba tan concentrado en atravesar la barrera humana que no distinguía si esquivaba señores, señoras, niños, niñas, jóvenes, perros o gallinas. Su mente solo tenía espacio para un pensamiento: «He de llegar a tiempo, he de llegar a tiempo».

Y llegó. Sí, ahí estaba el telégrafo de Hughes, a los ojos de la multitud, en lo alto, sobre los hombros de cuatro señores que lo transportaban como si de un príncipe persa se tratara, mostrando a todos la bella estructura de madera, la inmejorable ingeniería de contrapesos, cadenas y engranajes, y esas teclas blancas y negras que miraban al firmamento infinito, a los mundos aún inexplorados. ¡*Porrom-pom-pom*,

*porrom-pom-pom!* La gente marcaba el paso con sus palmas y celebraba, sin saberlo, la llegada de una nueva era, la llegada del futuro.

Belmonte se acercó al telégrafo con las manos alzadas y con la mirada perdida, deslumbrado ante aquella visión, ajeno al griterío de alrededor, ajeno a la expectación de Villaescondida, ajeno al aspecto que había adquirido su vestimenta por culpa de las prisas: los pantalones estaban medio volteados, la camisa asomaba bajo la chaqueta y la chaqueta tenía pinta de estropajo viejo; quien no le conociera podría pensar que había pasado la noche de juerga.

De puntillas, como si así inspirara precaución a los transportadores, Belmonte acompañó la procesión del telégrafo hasta que traspasó la entrada. El interior de la oficina era una sala amplia de techo alto y paredes desnudas, dividida por hileras de mesas, cada una con varios telégrafos y montañas de documentos encima. La mayoría de trabajadores ya estaban sentados en su puesto, y el resto llegaba en ese preciso instante; entre todos sumaban un buen puñado de bigotes.

—Déjenlo ahí, por favor —dijo Belmonte, señalando un hueco, frente a la entrada, que había reservado para la nueva adquisición tecnológica—. Y con cuidado..., con mucho cuidado.

A la de tres, los cuatro hombres descargaron el telégrafo de Hughes. Luego lo encajaron en su sitio y sacaron un recibo para que Belmonte lo firmara. Solo entonces Belmonte se percató del lamentable estado de sus ropas. Nervioso, y con la pluma estilográfica en la mano, se apresuró a meter la camisa bajo los pantalones, con tan mala suerte que la pluma se le cayó dentro y se enganchó en la tela, a la altura de la tibia. Frenético, comenzó a dar patadas al aire hasta que, de pronto, la pluma salió disparada hacia arriba y se clavó en el techo. Durante unos segundos interminables se quedó en las alturas, balanceándose igual que un metrónomo; después cayó

en picado. Con un gesto felino, Belmonte la cogió al vuelo y, casi en el mismo movimiento, firmó el recibo, como si allí no hubiera pasado nada.

Por suerte, no daba la impresión de que los empleados se hubieran dado cuenta de este ridículo episodio. La oficina ya empezaba a llenarse de empresarios, impacientes por conocer las últimas noticias sobre economía, y los telegrafistas andaban demasiado ocupados con ellos, descifrando mensajes, escribiendo mensajes, fijando precios, comprobando el uso correcto de los sellos...

A Belmonte le habían ascendido a jefe de oficina hacía poco y le preocupaba no dar una imagen seria y disciplinada. Villaescondida se encontraba en una pequeña provincia, pero servía como puente para conectar las ciudades más importantes de España, retransmitiendo telegramas que a veces se habían originado en la otra parte del mundo. Por eso, manejar aquella oficina requería de él la máxima concentración y la más estricta responsabilidad.

Belmonte entrecerró los párpados y rastreó la sala con la mirada. Inquieto, soltó un bufido y echó a andar alocadamente, aprisa de un lado a otro, evitando chocar contra los empleados, los clientes y las mesas. Uno de los bigotudos telegrafistas se esforzaba en seguirle y trataba de decir algo, pero Belmonte, enfrascado en su búsqueda, no le veía. Pasados unos minutos, el empleado logró al fin alcanzarle:

—Señor Belmonte —gritó mientras le tocaba el hombro.

—¡Don Prudencio! —Belmonte pegó un brinco, sorprendido—. ¿Dónde se había metido? Llevo rato buscándole.

Prudencio fue a contestar que estaba detrás, pero no quiso que sonara a excusa, así que fue al grano:

—Hace media hora nos ha llegado un telegrama del Gobierno. El excelentísimo e ilustrísimo su seriedad don Infructuoso vendrá dentro de cuatro días. Quiere supervisar él mismo el correcto funcionamiento de

nuestra oficina, ver los avances del telégrafo de Hughes y, seguramente, enviar el primer mensaje oficial.

—¿Cuatro días? ¡Había dicho que en dos semanas! —El bigote de Belmonte, que tanto había costado estirar, se rizó y encogió como un muelle—. Pues entonces hay que ponerse a trabajar inmediatamente. Debemos hacer todas las pruebas con urgencia, para que cuando llegue el excelentísimo e ilustrísimo su seriedad don Infructuoso funcionemos al máximo rendimiento. Llame a don Bernabé, y que le ayude a instalar el nuevo telégrafo. Entretanto, yo iré resolviendo papeleo; de ese modo, podré dedicar el día a enseñarle cómo usar nuestra nueva adquisición.

Antes de acabar la frase, Belmonte ya corría hacia su despacho.

El despacho de Belmonte también era de techos altos y paredes desnudas. No había cuadros, ni telas, solo carpetas y una mesa sombría sobre la que descansaba la *Revista de telégrafos*. Belmonte sacó un taco de documentos e intentó leerlos, pero era incapaz de concentrarse. Tuvo que levantarse, y acabó dando vueltas alrededor de la mesa sumido en sus pensamientos, cambiando de dirección cada pocos segundos, como un león enjaulado.

«¡Cuatro días! ¿Cómo puede ser? —pensó—. Y puede que envíe el primer mensaje oficial desde el nuevo telégrafo. ¿Será un comunicado importante? ¡Cuánta responsabilidad! No da tiempo, no da tiempo...».

Desde la llegada del primer telégrafo de Hughes a España, hacía siete años, Belmonte se había interesado por él. Había aprendido a manejarlo a la perfección y se había convertido en el mejor instructor. Gracias a ello, le habían ascendido. La visita del excelentísimo e ilustrísimo su seriedad era clave para determinar si estaba preparado para asumir el nuevo cargo o si, por el contrario, le iba demasiado grande.

«En cuatro días debe parecer que llevamos un mes usándolo —se dijo—. Ya ordenaré mañana los papeles. Ahora lo importante es Hughes».

A velocidad de atleta, mientras se instalaba el telégrafo, comenzó la ronda rutinaria: saludar a los empleados y a los clientes habituales. Cuando se acercaba a la mesa de algún telegrafista, aprovechaba para evaluar qué tal se desenvolvía con el código morse. Lo malo era que al telegrafista, intimidado por la presencia de su jefe, se le agarrotaban los dedos y se le formaba tal ensalada morse en la cabeza que comenzaba a cometer errores. Entonces Belmonte se ponía amarillo de preocupación, y el empleado, todavía más asustado, se agarrotaba más y se confundía más.

Belmonte pensaba que siempre era así, que los telegrafistas andaban un tanto flojos y que, en cualquier momento, la oficina sufriría un colapso y a él le expulsarían del Cuerpo de Telégrafos. Por eso les exigía machaconamente que aumentaran su velocidad y destreza; por eso la oficina parecía un avispero poseído por un caótico *titi-tiii-ti-titi* de los aparatos morse.

Cuando ya se hubo instalado el nuevo telégrafo, Belmonte se acercó a Prudencio y le dijo muy seriamente:

—Usted, don Prudencio, va a entrar a formar parte de la más absoluta modernidad: el telégrafo de Hughes. Apenas hay 20 aparatos como este en España..., y uno de ellos es para usted. Y no se crea que esto es una mera versión del aparato de Samuel Morse; ¡no señor, es más, mucho más! —Conforme hablaba, Belmonte se iba emocionando, y el volumen de su voz era escandaloso. Además, alzaba el índice de su mano al cielo, y, en lugar de mirar él también al cielo, se miraba el propio dedo, como si hablara con él, en una comunicación personal y religiosa—. El mundo está ahora unido por una red de cables —continuó diciéndole a su índice—, cables que nos permiten una comunicación casi instantánea. El Cuerpo de Telégrafos formamos parte del futuro; somos el futuro. Y el telégrafo de David Edward Hughes es el futuro dentro del futuro. No solo es más rápido que el de Morse, sino que no necesita un código: envía

directamente las letras y las imprime. ¿Entiende lo que le digo? Usted escribe una frase y esa frase llega tal cual a otra parte del mundo. Algún día todas las casas tendrán su propio telégrafo y cada persona estará conectada a sus familiares, a sus amigos, a cualquier oficina. ¡Nuestros tiempos superan la imaginación de Julio Verne! *La vuelta al mundo en 80 días* ha quedado atrás, Prudencio. Ahora todo es aún más veloz. Fíjese, hace un mes pusieron en Barcelona la primera piedra del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia; pues yo le digo que en menos de 80 meses ya la habrán terminado.

Tras el discurso de Belmonte, a Prudencio le daba miedo incluso respirar junto a esa máquina. ¿Y si metía la pata? No quería ser él quien estropeará aquel aparato que tenía tan importante misión para la humanidad. Cabizbajo, permaneció en silencio unos minutos, junto a Belmonte, que todavía seguía contemplando su propio índice.

Como el telégrafo ya estaba conectado, no tardó en llegar el primer mensaje desde el Gabinete Central, en Madrid:

*Saludos señor Belmonte. Soy Paz. ¿Qué tal su adaptación a la nueva oficina? Le deseo lo mejor, y estoy impaciente por continuar nuestro trabajo juntos.*

Belmonte se sonrojó. Él mismo había enseñado a la señorita Paz a manejar el telégrafo, y la verdad es que había aprendido sorprendentemente rápido. Se sentía muy orgulloso de ella, pero no se le daban muy bien los halagos, ni las conversaciones en tono tan familiar, ni en general las personas. Su mente estaba atascada y no sabía muy bien qué responder. Carraspeó un poco y se dirigió a Prudencio para ganar tiempo:

—Bien, don Prudencio, va usted a asistir al primer envío desde este telégrafo de Hughes. Aunque no sea un mensaje oficial, es importante, justo por tratarse del primero. Tome nota de cómo lo hago yo, y enseguida paso a instruirle, para que sea usted quien los envíe en adelante.

Prudencio se apartó para dejar sitio a su jefe. Luego abrió bien los ojos, mientras Belmonte escribía:

*Ilustrísimo excelentísimo su seriedad don Infructuoso comprobará funcionamiento. Cuatro días. Máxima concentración. Instrucción inmediata.*

El mensaje salió por el cable a una velocidad mayor de la que se puede imaginar. En un instante, las palabras de Belmonte recorrieron tierras labradas y campos sin labrar, prados con ovejas y prados con vacas, bosques de pinos y cerezales en flor, y subieron y bajaron valles de montañas verdes y de montañas nevadas, atravesaron ríos turbulentos y lagos cristalinos, cruzaron granjas, pueblos, caminos...; en un instante, el mensaje de Belmonte recorrió España y llegó a Madrid, hasta el telégrafo de Hughes frente al que se encontraba Paz.

Ella sonrió, y, como no tenía bigote, su sonrisa brilló con todo su esplendor. Era de esperar que Belmonte contestara de esa manera breve y directa que resultaba tan cómica. Dos semanas atrás, él la había enseñado a manejar el telégrafo de Hughes. Fueron pocos días, pero suficientes para revelar que Belmonte era un soñador loco. A ella le resultaba gracioso; sin embargo, le daba pena su obsesión con la rapidez, con querer abarcarlo todo. Le hubiera gustado recomendarle que se tomara un respiro, o incluso unas vacaciones. Pero no se había atrevido: no quería ser indiscreta. Ella era una de las pocas mujeres del Cuerpo de Telégrafos y consideraba arriesgado salirse de su papel o llamar la atención.

Paz se sentía orgullosa de su nuevo trabajo y de cómo lo estaba realizando. Es cierto que ella, por ser pianista, ya estaba acostumbrada al teclado del telégrafo de Hughes, pero eso no restaba méritos a lo bien que había aprendido el oficio. Y Belmonte también lo sabía, aunque todavía no hubiera tenido tiempo para felicitarla.

Paz respiró hondo y se preparó para lo que venía. Conociendo a Belmonte, ahora estaría mirándose el dedo índice y soltando un apasionado discurso sobre las maravillas del telégrafo de Hughes. En cuanto acabara, sin perder un segundo, pondría a su nuevo aprendiz a telegrafiar todo tipo de documentos. Y ella, aparte de emitir comunicados del Gabinete Central, tendría que estar atenta para avisar a Belmonte de cualquier error en los envíos de Villaescondida. Sin duda, iba a ser un día duro.

Y, efectivamente, lo fue. El telegrafista tuvo que transmitir los cientos de documentos que recogía el *Manual de ejercicios progresivos para telégrafo (parte 1)*, elaborado por el propio señor Belmonte para asegurar el correcto aprendizaje de la profesión. Además, ese día el Gabinete Central había estado especialmente movidito.

Paz acabó la jornada más tarde de lo habitual, y con los dedos tiesos. Sus manos necesitaban un recreo, unos minutos de juego. Cualquier otro día se habría ido a casa a tocar el piano, pero era demasiado tarde y no quería molestar a los vecinos. Echó un vistazo al teclado de Hughes y pensó: «¿Por qué no? Son casi iguales». Con una expresión desenfadada en el rostro, se agachó y desconectó el aparato. Después repasó mentalmente las obras que se sabía, hasta que dio con la más apropiada: *La Marcha Turca* de Mozart, una pieza simpática que le vendría muy bien al espíritu. Estiró los brazos y posó sus manos en el teclado. A continuación, comenzó a tocar mientras imaginaba la melodía (el narrador pide disculpas por su mala entonación): *Tirorirorí, Tirorirorá, tiroriro-tirorirorirorirorí; to-ta-ti-ta, to-ta-ti-ta, to-ta-ti-ta to-to-tum.*

Lo que no sabía Paz era que el telégrafo de Hughes se había diseñado también para funcionar en condiciones adversas y, aunque ella creyera haberlo desconectado, podía seguir emitiendo comunicados. Y esa noche, sin que nadie fuera consciente de ello, el extraño mensaje que escondía la música de Mozart llegó a la oficina del señor Belmonte.

Como la mañana anterior, Belmonte corrió por las calles de Villaescondida esquivando cacas de caballo, con una mano en el sombrero. Y bajo el sombrero guardaba un solo pensamiento, que se repetía una y otra vez: «Quedan tres días para que llegue su seriedad don Infructuoso: hay mucho que hacer, mucho».

Al entrar en la oficina fue directo a su despacho. Y, aunque de reojo advirtió que allí pasaba algo raro, siguió encarcelado en sus preocupaciones..., hasta que abrió la puerta:

—¡*Cuak!*

Un pato blanco saltó de su mesa y corrió hacia él. Instintivamente, Belmonte cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella, como si esa ave de río fuera capaz de echarla abajo y devorarlos a todos. Entonces fue cuando se percató de lo que ocurría en la oficina: la sala de telégrafos estaba repleta de vitrinas con bichos desperdigadas por el suelo. Aturdido, fue a comprobar si eran alucinaciones; pero no lo eran: en unas había hormigas, en otras mariposas; en otras insectos que no debían de tener ni nombre; había también peceras, con peces grandes y pequeños, con peces de colores y peces grises, con peces marcianos llenos de antenas; también había vitrinas con boas, pitones y otras culebrajas repugnantes; había camaleones y tortugas; jaulas con pájaros exóticos y con pájaros comunes. En total debía de haber unas treinta vitrinas, o más, cada una con sus animalejos. Vamos, que la oficina de Villaescondida, su oficina, se había convertido en un verdadero zoológico.

Belmonte primero se puso rojo, después amarillo, luego verde moco y finalmente color ciruela podrida. Su voz no le respondía, sus manos no le respondían, sus piernas ya no eran piernas, sino palos, y sus ojos daban vueltas de un lado a otro.

Prudencio se le acercó con timidez:

—Señor Belmonte, mis compañeros y yo hemos pasado toda la noche buscando a estas criaturas, para darle una sorpresa. Sabíamos que usted estaría muy atareado con lo de su seriedad y queríamos que las tuviera aquí esta misma mañana.

Belmonte no podía articular palabra, ni siquiera mover el cuello, ni siquiera parpadear.

—Vea, vea —continuó Prudencio, mostrándole un mensaje del telégrafo de Hughes—. Es del Gabinete Central. Llegó ayer, bien tarde, cuando ya se había ido. Dice: *Como homenaje a Charles Darwin, recientemente fallecido, y a su teoría de la evolución de las especies, se les ordena ambientar la oficina con la siguiente lista de animales...*

Uno a uno, Prudencio fue detallando los nombres en latín de las distintas especies, y dónde adquirirlas en las cercanías de Villaescondida. (Sobra decir que Belmonte, totalmente ido, no se estaba enterando de nada).

Para cuando Prudencio terminó de leer la lista, un loro rojo, azul y amarillo se posó sobre el sombrero de aquella estatua a la que llamaban Belmonte.

—Este es Pancho —le informó Prudencio—. Se ha escapado de la jaula y aún no hemos podido atraparlo, pero no se preocupe: siempre podemos dejarlo escapar por la ventana.

Cuando vieron que Belmonte llevaba unos minutos ausente y sin intención de retornar a este mundo, los empleados decidieron transportarle a su despacho, hasta que volviera en sí. Prudencio le cogió de un brazo y, pasito a pasito, muy lentamente, llegaron al despacho. El pato se había subido a la mesa y picoteaba entretenido la *Revista de telégrafos*. Prudencio sentó a Belmonte en la butaca y le colocó el pato entre los brazos, creyendo que el contacto con una mascota le ayudaría a reponerse. Pero Belmonte seguía petrificado, igual que una escultura egipcia, bigotuda

en lugar de perilluda. Y lo que pudiera estar pensando en esos momentos, si es que pensaba, nadie lo supo jamás, ni siquiera él mismo.

Prudencio dejó a su jefe a solas, y regresó al cabo de una hora. Belmonte permanecía exactamente en la misma posición, con el pato entre los brazos.

—Hemos hablado los compañeros... No queremos que se preocupe, señor Belmonte, nosotros nos encargaremos de sacar adelante el trabajo. En cuanto al telégrafo de Hughes, la señorita Paz se ha comprometido a enseñarme. Me ha comunicado que usted la enseñó bien, y que seguirá su método. También le recomienda que se vaya a casa y que descanse un día; salvo que usted se oponga, claro.

Belmonte, que no estaba para hablar, y menos para discutir, continuaba allí parado, sin mover un músculo, y sin soltar al pato. Prudencio le ayudó a levantarse y a salir de la oficina; después le acompañó a casa. Por la calle, la gente les miraba extrañada, pero Belmonte ni se percató de ello. Durante todo el trayecto, se dejó guiar como un bebé; incluso fue obediente cuando le metieron en la cama y le arrojaron, abrazado al pato.

Al regresar a la oficina, Prudencio les informó a todos de que Belmonte ya se encontraba en casa, descansando. Seguidamente, volvió al telégrafo, para que Paz continuara con la formación y sus manos estuvieran a punto cuando los visitara su seriedad don Infructuoso.

Al otro lado de la línea, a cientos de kilómetros de distancia, Paz respiraba hondo antes de dar comienzo a lo que hoy se llamaría *formación on line*, pero que en aquel momento simplemente se llamaba *Curso de emergencia para cuando Belmonte colapse*.

Aquel día Paz tuvo que compaginar su labor de profesora con la infinidad de mensajes que debía transmitir desde su telégrafo de Hughes a otros puntos del país, y del mundo. Sin duda, fue un día duro, aún más duro

que el anterior, pero cuando terminó no se sentía cansada, sino preocupada, preocupada por Belmonte. Ella ya sabía que a aquel hombre soñador, que no se permitía un momento de calma, algún día le pasaría algo. Y se lamentaba por no haberle aconsejado antes que descansara un poco, por no haberse atrevido a decírselo cuando aún estaba a tiempo.

Con la mente puesta en el pobre Belmonte, Paz creyó desconectar su telégrafo, y se dispuso a utilizarlo a la manera de un piano. Era una noche mustia; por la ventana se veían las débiles estrellas en un firmamento delicado, que parecía que se fuera a resquebrajar en cualquier momento, como si estuviera hecho de fino cristal. Por eso solo pudo tocar la *Pequeña pieza op. 68 n. 5* de Schumann, una obra íntima y vaporosa, un rezo artístico para la mejoría del señor Belmonte.

A diferencia de la mañana anterior, Belmonte marchaba en el nuevo día despacio —y todavía algo aturdido— por las calles de Villaescondida. Con una mano sujetaba la correa que le había puesto al pato y con la otra saludaba a los vecinos que se acercaban a ver al simpático animal. Cuando le preguntaban por el nombre de su mascota, Belmonte solo podía decir *cuak*, por lo que pensaron que así se llamaba el ave.

A Cuak le gustaba que le acariciaran, y también le gustaba jugar al pilla pilla con los niños. Pero, como iba atado, se veía obligado a dar vueltas en círculo, y cada pocos pasos Belmonte acababa prisionero de su propia correa. Además, en lugar de desenredarse, el pobre hombre proseguía el camino hacia la oficina, sin apenas poder mover los pies, andando igual que los pingüinos. Por suerte, los niños le ayudaban: se ponían a correr hacia el otro lado y entonces el pato deshacía la lazada que aprisionaba a Belmonte.

La duración del trayecto a la oficina se alargó muchísimo más de lo habitual. Por primera vez, Belmonte tuvo tiempo para observar el

reluciente cielo —tan solo salpicado por dos nubecillas traviesas—, las robustas casas de piedra gris, con sus cuidados balcones, y el brillante río que bordeaba Villaescondida, abrazándola con su vitalidad. Y, aunque no estaba en su mejor momento, una leve sonrisa de paz se intuía tras su enredado bigote.

En cuanto entró en la oficina, saludó a los demás telegrafistas: «*Cuak*», les dijo. Ellos se miraron entre sí, entendiendo que Belmonte aún seguía colapsado. Prudencio se apresuró a ayudarlo, pero no fue necesario: su jefe avanzaba lento pero seguro en dirección al despacho.

Al abrir la puerta, un aroma fresco y primaveral inundó los pulmones de Belmonte, bañándole de serenidad y energía. El despacho estaba lleno de plantas, rojas, naranjas, amarillas, violetas, ocres..., y verdes, por supuesto. El cuarto irradiaba alegría, entusiasmo, juventud.

—Ayer por la noche llegó un mensaje del Gabinete Central —le explicó Prudencio—. Decía que le deseaban una pronta mejoría y que para ayudarlo debíamos comprarle las plantas que nos anotaban en el escrito. Si me permite darle mi opinión, yo creo que ha sido idea de Paz. Esa mujer es excelente, no sabe lo buena maestra que es. Ayer me enseñó muchas cosas y ya casi domino el telégrafo de Hughes.

Belmonte sonrió, pero no emitió palabra alguna. Simplemente, se sentó en su butaca y acarició al pato.

—Además —continuó Prudencio—, todos hemos estado trabajando duro. Ayer transmitimos los telegramas sin retrasos y sin problemas. No debe usted preocuparse por nada.

La única reacción de Belmonte consistió en levantar la mano y decir *Cuak*. Prudencio supuso que el jefe necesitaba más reposo, por lo que le deseó una pronta mejoría, se despidió y cerró la puerta con cuidado.

En toda la mañana Belmonte no se levantó de la butaca, pero respirar los perfumes naturales de aquellas plantas fue despertando su espíritu. Para media tarde, ya pudo salir del despacho y darse una vuelta por la oficina.

Las vitrinas con insectos y reptiles, las peceras y las pajareras seguían desperdigadas por el suelo, y el loro Pancho todavía revoloteaba de un lado a otro. Sin embargo, los telegrafistas parecían más concentrados que nunca. Belmonte los vio sueltos, tranquilos, pero a la vez eficientes, más veloces que otros días. Daba la impresión de que aquel ambiente desenfadado resultaba beneficioso. Él también se sentía distinto, quizá por el perfume de las plantas: una pasión que aún no comprendía se había encendido en su interior. Por supuesto, le hubiera encantado felicitar a sus empleados, por lo bien que se desenvolvían a pesar de que él estuviera indispuerto. Sin embargo, cuando intentaba hablar, lo único que le salía era *cuak*.

Al finalizar el día, se dirigió a la mesa en donde trabajaba Prudencio, que todavía aprendía a manejar el telégrafo de Hughes, gracias a Paz. Belmonte le hizo un gesto con la mano para indicarle que se podía marchar a casa. Prudencio le dijo que no, que dadas las circunstancias no le importaba quedarse un poco más. Pero Belmonte insistió agitando los brazos como un loco. Prudencio temió que su jefe entrara en un nuevo colapso, y cedió. Además, estaba muy cansado; necesitaba desconectar.

Luego, cuando el aprendiz huguista se hubo marchado, Belmonte se sentó frente al telégrafo de Hughes y escribió lo siguiente: *Hola Paz. Soy Belmonte. Gracias por las plantas. Es usted excelente.*

El mensaje salió por el cable y recorrió tierras, campos, bosques, valles, montañas, ríos, lagos, granjas, pueblos, caminos... y, en un instante, llegó hasta el telégrafo frente al que se encontraba Paz.

Al leerlo, Paz se quedó boquiabierta; después soltó una carcajada. Como ella no sabía que estaba enviando mensajes musicales, lo de las

plantas no lo entendía muy bien, suponía que era una de las chaladuras de Belmonte; pero estaba muy contenta de que él hubiera mejorado y de que la felicitara. Belmonte no era precisamente un halagador, por lo que aquel cumplido significaba que estaba realmente orgulloso de ella. Lo cierto es que se había esforzado al máximo en enseñar a Prudencio, y Prudencio también se había esforzado muchísimo en aprender. En realidad, todos los trabajadores de Villaescondida estaban obrando milagros para sacar adelante el trabajo con Belmonte colapsado. Se los imaginaba luchando contra la adversidad, yendo de un lugar a otro a toda prisa, pero con un ritmo perfecto, cuadrado, como una rueda que gira sin cesar; y luego un ir y venir, arriba y abajo, sacando este documento, escribiendo este otro... Le recordaba al *Vals Minuto* de Chopin, con esas escalas vertiginosas en las que perder un instante implica que la pieza entera se desmorone.

Casi sin pensarlo, las manos de Paz se posaron en el teclado de su telégrafo de Hughes, y, como no podía ser de otro modo, comenzó a tocar ese velocísimo vals de Chopin.

A la mañana siguiente Belmonte se encontraba mucho mejor. Se había levantado temprano para llevar a Cuak al río y que disfrutara de un entorno a su medida. Los niños también habían acudido e intentaban atraparlo en el agua, pero Cuak era mejor nadador. Mientras Belmonte los veía jugar, por primera vez se sintió dichoso de vivir allí: era un lugar de cuento, con casitas rústicas y campos verdes, y los vecinos eran gente sencilla, agradable, de trato fácil. Le hubiera encantado pasar el resto de la mañana bajo el sol de primavera, pero tenía que recuperar a Cuak y marchar a la oficina: faltaba un día para que llegara su seriedad don Infructuoso y debían prepararse al detalle.

Al entrar en la oficina se encontró a todos los trabajadores en pie. En cuanto le vieron entrar se pusieron a cantar: «¡Por que es un jefe excelente,

por que es un jefe excelente; por que es un jefe excelenteeee... y siempre lo será, y siempre lo seraaaaá!».

Después, uno a uno, se acercaron a abrazarle; Prudencio incluso se atrevió a levantarlo para darle vueltas y vueltas. Por supuesto, Belmonte no sabía a qué venía aquella celebración, pero se le caían las lágrimas de alegría: jamás había visto nada igual, jamás había visto tanto afecto entre los empleados y el jefe. Era fascinante; todos los jefes del mundo deberían aspirar a una oficina así.

Unos minutos más tarde, se enteró de que por la noche había llegado un comunicado por el telégrafo de Hughes que autorizaba a Belmonte a subir el salario de los empleados, por el increíble esfuerzo que habían realizado durante su colapso. Él no recordaba haber solicitado tal aumento de salario, aunque la falta de memoria podía deberse a su lamentable estado durante los días anteriores. En cualquier caso, aquello le parecía justo. Como pudo comprobar enseguida, los empleados habían realizado una labor espléndida y todos los mensajes se habían emitido con corrección y a tiempo; habían demostrado que poseían mayores capacidades de las que él había pensado. Lo único que le daba pena era que el comunicado no decía nada de Paz, y Paz era la estrella: no solo había formado excelentemente a Prudencio, sino que le había ayudado a él mismo a recuperarse del colapso.

Aquella mañana Belmonte comprendió que se había equivocado al controlar a sus empleados como un perro guardián; no tenía más que verlos trabajar a su aire: las manos de los operarios se movían veloces y precisas, los golpes de morse se coordinaban para formar un ritmo electrizante, una orquesta, un concierto para telégrafo que ni el mejor de los compositores habría sido capaz de inventar. Una fuerza los unía y armonizaba: el entusiasmo, el juego...; sí, eso era: todos trabajaban como si fueran niños que juegan, divertidos pero concentrados, en este mundo pero al mismo

tiempo fuera de él. Y él era el director, y su misión era despertar y sostener ese entusiasmo en la oficina: así debía ser un jefe, un jefe del futuro.

Espontáneamente, Belmonte alzó su índice al cielo; sin embargo, en lugar de fijarse en el dedo, esta vez su mirada se perdió más allá de cualquier horizonte. Su rostro, al igual que el de sus empleados, desprendía una luz suave y enigmática. Entonces, su mano comenzó a moverse como una batuta.

Por la tarde, gracias al impulso de esa nueva pasión, Belmonte ya había organizado los papeleos que se habían acumulado los días anteriores. Le pidió a Prudencio que le ayudara a colocar las vitrinas:

—Pero, señor Belmonte, aún hay tiempo para seguir practicando. Puedo probar con el *Manual de ejercicios progresivos para telégrafo (parte 4)*.

—Ya te he dicho que no me llames señor, que me hace parecer más mayor de lo que soy. Y te he visto trabajar: tú ya eres un maestro del telégrafo de Hughes, Prudencio. Lo vas a hacer muy bien, no te preocupes. Ahora le agradecemos a Paz lo mucho que nos ha ayudado y nos despedimos de ella, para que se vaya pronto a casa. Además, te conviene cambiar de tarea para estar fresco mañana.

Belmonte y Prudencio fueron colocando las vitrinas y las peceras mientras los demás opinaban: «No, mejor las hormigas junto a las tortugas», «A mí me gustaría más que los mezcláramos», «Y las culebras donde no las vean los pájaros, para que no se asusten»... También decidieron que, para la llegada de su seriedad don Infructuoso, sería preferible meter a Pancho en una jaula, aunque solo fuera por un día. Belmonte, Prudencio y Bernabé se subieron a las mesas, pero Pancho no era tonto y fue imposible cogerlo.

Por la noche, antes de abandonar la oficina, Belmonte echó un último vistazo a la sala, con sus serpientes, tortugas, insectos, peces... y con

Pancho dando vueltas. No era un lugar muy convencional, cierto, pero se estaba a gusto. Para él, sin duda, era la mejor oficina que jamás había visto.

Al día siguiente, ante la llegada del ilustrísimo excelentísimo su seriedad don Infructuoso, todos andaban un poco nerviosillos. Belmonte iba de uno a uno diciéndoles: «Tranquilidad, tranquilidad: lo estáis haciendo muy bien». Pero la verdad es que él también andaba un tanto intranquilo; sobre todo se le notaba en el bigote, que estaba más rizado que nunca, y en el paso del tiempo: cada minuto era un túnel oscuro e interminable.

A las 12:01 apareció por la puerta un hombre alto con una vara negra; tenía un bigote tan largo que casi le daba la vuelta a la cara, sus cejas eran puntiagudas y su rostro afilado; el sombrero recordaba a los navíos de guerra, los zapatos deslumbraban, los pantalones estaban tiesos y la chaqueta acababa por detrás en una cola que se dividía en dos pequeñas colas que se movían igual que la lengüecilla de una víbora. No parecía contento, al contrario: su expresión recordaba a la de quien acaba de oler un pedo.

Belmonte cerró la puerta de su despacho para ocultar a Cuak, y corrió a saludar al invitado:

—Bienvenido, su ilustradísimo..., su exceso..., su don Severidad... Es todo un honor...

-¡¿Un honor?! —le interrumpió—. ¡Una vergüenza, más bien! —gritó mientras alzaba la vara al aire y las dos colas de su traje danzaban ansiosas—. ¿Le parece este zoológico una oficina?

Belmonte se puso blanco. Además, las colas del traje de don Infructuoso estaban alterando la fauna: los pájaros se agitaban y piaban porque creían que se trataba de una serpiente suelta, y las serpientes intentaban salir de sus vitrinas para defender su territorio.

—Pero, su ilusísima excelencia...

—Ni excelencia ni nada. ¿Qué clase de broma es esta? Esto es una oficina de telégrafos: ¡el telégrafo es cosa seria, cosa seria! —Cuanto más gritaba, más alzaba la vara y más furioso era el movimiento de lengüecillas del traje—. ¿Le parece a usted que este lugar es serio?

—Pero si son órdenes del Gabinete Central. —Y antes de que don Infructuoso le interrumpiera de nuevo, añadió:- Aguarde un momento, y le traigo los telegramas.

Belmonte salió disparado hacia el despacho en busca de los tres telegramas enviados desde la central: el de la conmemoración de Darwin, el de las plantas para su despacho y el del aumento de sueldo. El hombre estaba tan agobiado que iba tirando macetas a su paso y los papeles se le caían de las manos. Encima, Cuak se puso a graznar y no había manera de que se callara. Cuando al fin consiguió hacerse con los mensajes, salió tan rápido que no cerró bien la puerta del despacho.

Ya afuera, en la sala, tuvo que taparse la boca para ocultar su asombro: una pitón se había escapado y estaba justo detrás de don Infructuoso, con los ojos fijos en las dos lengüecillas del traje. Para evitar que el político se diera cuenta, Belmonte corrió hacia él, le cogió del brazo y lo arrastró hacia el otro extremo de la oficina:

—Aquí, junto a la ventana, hay mejor luz para leer —le explicó nervioso—. Mire, mire, don Seriedad, ¿ve los telegramas?

Don Infructuoso soltó el brazo de Belmonte con un gesto brusco y después sacó un monóculo de uno de los bolsillos de su chaqueta. Mientras se lo colocaba, al estilo pirata, Belmonte buscó de reojo a la pitón, pero había desaparecido. A lo lejos, Prudencio se encogió de hombros para indicarle que tampoco sabía dónde se había metido la serpiente.

Su seriedad agarró los tres telegramas y empezó a leerlos. Conforme iba pasando de uno a otro, su cara fue cambiando de color: primero rojo, después morado berenjena y finalmente rosa chillón.

—¡Pero esto es un absurdo, señor Belmonte! ¿Cómo ha podido creerse estas paparruchas, estos delirios nocturnos? —Mientras gritaba, el político iba rompiendo los papeles en trozos cada vez más pequeños, como si quisiera convertirlos en polvo y hacerlos desaparecer—. ¡Y encima un aumento de sueldo! Pero qué se ha creído usted que es esto, señor Belmonte, ¿una institución de caridad? ¿Qué hace agradeciéndole nada a sus trabajadores? ¿Quiere que se le suban a la chepa? Son ellos los que deben darle las gracias a usted por ofrecerles trabajo. ¡Y usted, señor Belmonte..., usted es un ingenuo!

—Pero, su seriedad, estos trabajadores han...

—Ni peros, ni nada. ¿Quién es el responsable de estos mensajes?

Belmonte sacó pecho y contestó:

—Yo soy el responsable.

—¡Usted no, idiota! —gruñó, al tiempo que las lengüecillas de su traje se revolvían con violencia—. ¡Me refiero a esa tal Paz que manda estos comunicados desde el Gabinete Central!

—No, su seriedad, ella no..., ella...

Pero antes de que a Belmonte se le ocurriera algo que decir para encubrir a Paz, se oyeron unos gritos desesperados que provenían del despacho. Su seriedad arrojó los trocitos de telegrama al suelo y salió disparado a ver qué estaba ocurriendo.

Antes de llegar al despacho, el pato salió al galope y chillando, con la pitón detrás. Al ver las dos lenguas viperinas del traje de Infructuoso, Cuak saltó sobre su ilustrísima, pensando que era otra serpiente, y comenzó a picotearle su serio trasero con rabia.

—¡Quítenme esta fiera! ¡Quíteme esta fiera! —gritaba, al tiempo que lanzaba golpes ciegos con la vara.

Belmonte se acercó a Cuak y le abrazó para calmarlo. Entretanto, Prudencio y Bernabé se abalanzaron sobre la pitón y la devolvieron a su

vitrina. Por desgracia, allí no acabó la historia: Pancho aprovechó la confusión para robarle el sombrero a su seriedad y después comenzó a revolotear con él por la oficina. Infructuoso trató de atizarle con la vara, pero solo consiguió poner más nervioso al loro, que acabó escabulléndose por la puerta, con el sombrero aún agarrado. Infructuoso fue tras él, indignado. Pero, antes de abandonar la oficina, se volvió hacia Belmonte y gritó:

—¡Esto que ha pasado es cosa seria, Belmonte, cosa seria! ¡No pasaré un buen informe de usted! Y, con respecto a esa... señorita, ¡no volverá a tocar un telégrafo en su vida!

Y así fue como el ilustrísimo y excelentísimo su seriedad don Infructuoso desapareció en busca de su sombrero, para no volver jamás.

Una semana después, por lo que respecta a la oficina de Villaescondida, este suceso solo había quedado en una fingida bronca del Gabinete Central y en la orden de retirar los animales y las plantas (al fin y al cabo, por muy excelentísima que fuera su seriedad, no era él quien dirigía el Cuerpo de Telégrafos).

De todas maneras, Belmonte estaba triste; especialmente aquella tarde. No podía apartar la vista de la ventana de su despacho: un cielo denso y metálico engullía la luz, y las gotas de lluvia resbalaban por el cristal, que lloraba, igual que su corazón.

Echaba de menos las cálidas plantas que alegraban su despacho, la fauna que tanto animaba a sus empleados, los descaros del loro Pancho y la compañía de Cuak, que ahora se veía obligado a esperarle en la bañera de casa. Sin embargo, esto no era lo peor. Echaba mucho de menos a Paz. Ella, que le había descubierto la vida, que había conseguido enseñar a Prudencio las complejidades del telégrafo de Hughes, que había traído el entusiasmo a aquella oficina, que había creado el ambiente de oficina del

futuro..., ella, la mejor telegrafista que había conocido, ya no estaba al otro lado.

Y no era casualidad que aquella tarde Belmonte se sintiera particularmente melancólico. Aunque no lo viera, aunque no lo oyera, algo estaba ocurriendo. Desde Madrid, a través de un cable invisible pero real, llegaban hasta él mensajes de dolor y desesperanza.

Paz tocaba el piano en su pequeño piso. Era la primera vez que lo hacía desde lo acontecido en Villaescondida, quizá porque aquellas teclas blancas y negras le recordaban demasiado al telégrafo de Hughes. Interpretaba obras de Chopin, Schumann, Mozart, Mendelssohn, Liszt... Su corazón, pesado, herido, se movía torpemente por el teclado. Y su alma lloraba. Lloraba por haber perdido el trabajo, por haber quedado como una boba, por haber contribuido a que el pobre Belmonte colapsara, por que le hubieran echado la bronca por su culpa. Estaba abatida, derrotada, y no tenía ni idea de cómo afrontar el futuro, de cómo pagar el alquiler, de cómo pagar la comida.

El día siguiente despertó con el mismo tono para Paz. En cuanto se levantó, fue al piano. Necesitaba sacar el dolor de su cuerpo, y no había nada como la música para ello; la música era su refugio, la música era lo único que le quedaba. Empezó con las suaves *Gymnopédies* de Satie, pero enseguida se dio cuenta de que era mejor tocar piezas más alegres, más vivas. Debía recuperarse lo antes posible; lamentarse no la ayudaría. Cambió el repertorio por las sonatas de Mozart; Mozart siempre resultaba curativo. Sacó la partitura de la *sonata KV 545*, y se dispuso a tocarla. Justo cuando iba a dar la primera nota, alguien llamó a la puerta. Extrañada, cerró el piano y fue a ver de quién se trataba.

Tras el umbral apareció un pato blanco, y después una correa, y después la mano de un señor con el bigote muy rizado y con cara de soñador.

—Señor Belmonte, perdóneme, perdóneme —le rogó, con los ojos profundos y llorosos.

—Después de lo sucedido, yo... yo... quería... verla en persona —tartamudeó—. Es muy importante... He pensado...

—Lo siento señor Belmonte, fue un descuido —le interrumpió Paz.

—Ya sabe...: el telégrafo de Hughes es el futuro..., es un aparato asombroso... Nosotros somos parte del futuro...

—Siento no haber estado a la altura, señor Belmonte, de verdad.

—¡Oh, no pida más disculpas, por favor! —El hombre sacó un pañuelo y se limpió unas gotitas de sudor que le caían por la frente—. No soy muy bueno con las palabras... Quizá no me haya expresado... Lo que quiero decirle es... Usted transformó mi oficina...; es una inspiración... Me ha hecho ver cómo ha de ser un jefe moderno, y yo... yo no he hecho nada por usted.

Ella frunció el ceño: no entendía nada. Pensaba que Belmonte había ido a echarle la bronca personalmente. Sin embargo, estaba cabizbajo, tímido, sonrojado.

—Me da igual lo que digan sus ilustrísimas seriedades —continuó Belmonte, con un tono más seguro y firme—. Tampoco me importa lo que me pueda pasar a mí. Usted es el orgullo de los telégrafos, de la modernidad. Si usted quiere, Paz, podría formar parte de mi equipo, sería todo un honor. Yo mismo la contrataría... y yo mismo respondería por usted. ¿Qué me dice? ¿Quiere?

Paz se quedó muda. Ahora era ella la que estaba colapsada. Esto era lo último que se esperaba. ¿Un halago? ¿Un trabajo nuevo? ¿Seguir siendo telegrafista?

Belmonte interpretó el silencio como una negativa, así que agachó aún más la cabeza y se dispuso a marcharse. Pero, antes de que se diera la vuelta, Paz saltó hacia él y le abrazó, con fuerza, con entusiasmo.

—¡Sí, Belmonte, sí! ¡Por supuesto que quiero! ¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero! ¡Quiero!

Y, mientras Paz abrazaba a Belmonte, gritaba y lloraba de alegría, el pato blanco llamado Cuak comenzó a dar vueltas y vueltas alrededor de ellos hasta dejarlos atrapados en ese intenso abrazo.

Desde aquel día, Paz pasó a formar parte de los telegrafistas de Villaescondida. Y tanto ella como Prudencio y los demás bigotudos ayudaron a Belmonte a ambientar la oficina, con plantas, bromas y buen ritmo. Cuak se encargó de que a Belmonte no se le olvidara descansar, pasear por el río y mirar más allá del firmamento. Y así fue como, entre todos, convirtieron la oficina de Villaescondida en la oficina del futuro, en un lugar en donde el jefe también llevaba una vara, pero no para meter miedo, sino para usarla de batuta y hacer sonar un gran concierto: el alegre y poderoso concierto del entusiasmo.

*Chim-pum*

**Rafael Mendoza**